



Chocolate: tras las huellas de los fundidores

Jesús Pinzón



La Institución Educativa Técnico Superior Industrial era enorme, lleno de ruidos metálicos, del aroma del aceite, del calor de los cautines. Pero para Chocolate, un labrador cariñoso y juguetón, solo había un lugar importante: la cancha de fútbol de arena. ¡Ahí, cerca de las gradas, había enterrado su mejor hueso! Cavaba con fervor, con las orejas agitándose al viento y la cola batiendo el aire, justo al lado del comedor.



Pero aquella tarde, Chocolate no buscaba su hueso. Seguía un rastro distinto, un olor a tierra quemada, a metal caliente y unas marcas de polvo blanco que llegaban hasta la cancha. Mientras cavaba, su pata raspó una pequeña figura de aluminio con la huella de la pata de un animal. Chocolate se quedó mirándola, inspeccionándola parte por parte, hasta que brincó hacia atrás y ladró fuerte:

— ¡Es la pata de Jaguar!



Chocolate se sobresaltó, miró para todos los lados, asustado, jadeaba muy rápido, no sabía qué hacer. Pensó en esconderse en el hueco que acababa de hacer, pero inmediatamente se dio cuenta de que era muy pequeño. Por ello, se escondió debajo de una de las mesas del comedor durante 10 minutos. Después de esto, salió, aunque un poco asustado, a ver si el Jaguar seguía por allí, pero se dio cuenta de que no había nada ni nadie por ahí.



Chocolate se tranquilizó, pero solo un poco, caminó hacia donde había encontrado la huella del jaguar buscando su hueso. Mientras se acercaba escuchó un ruido fuerte que lo hizo estremecerse, miraba a todos los lados buscando al jaguar. En ese momento, se dio cuenta de que había un cartel tirado cerca a donde estaba. Caminó hacia el papel con mucha cautela y, al llegar, se acercó a leerlo el papel decía:

CARTEL

¡Buenas noticias para la biodiversidad en Barrancabermeja! Se logró el avistamiento de una familia de jaguares en unos cultivos de palma ubicados a 30 minutos de Barrancabermeja.



Chocolate suspiró. Ya estaba más tranquilo, se decía a sí mismo que media hora de distancia era suficiente para que el jaguar no apareciera por allí, en el Industrial, pero cuando había terminado de pensar en ello, vio una sombra felina, enorme, que se asomaba por una de las paredes de las gradas de la cancha. Chocolate se quedó inmóvil, sabía que no había para dónde huir, pues los jaguares pueden ser muy rápidos. Chocolate se entregó a su suerte, cerró los ojos y esperó lo peor. Sin embargo, al ver que nada pasaba los volvió a abrir. Así, se dio cuenta de que la gran sombra que había visto era la de un gatito pequeño.



Chocolate, aún con el corazón acelerado y la figura de aluminio entre los dientes, avanzó hacia la cancha para comprobar que no quedaran más sombras traicioneras. El gatito, curioso y despreocupado, lo siguió dando pequeños saltos sobre la arena. Fue entonces cuando el perro notó que, alrededor del hueco que había cavado, brillaban otras figuras de metal: flechas, vasijas diminutas, formas que parecían rostros antiguos y otras que parecían formas de animales que nunca había visto.

Chocolate olfateó cada una como si leyera un mensaje secreto, sin imaginar que los fundidores del Industrial habían convertido la vieja cancha de tierra en un mapa misterioso donde pasado y presente se tocaban, y donde él, sin quererlo, había dado el primer paso para descubrirlo. Al darse cuenta de lo que eran, se sobresaltó de nuevo.



Otra vez voy a tener que esconderme— dijo asustado al gatito— pero ahora voy a tener que llevarte conmigo o si no los indígenas Yariguíes te llevarán.

Chocolate sabía que en el territorio de Barrancabermeja y sus alrededores habían vivido los indígenas Yariguíes, un grupo indígena que fue extinguido hacia 1940. Esto último no lo sabía Chocolate, pues cuando el profesor de Ciencias Sociales estaba dando esa explicación, Chocolate salió del aula de clase y no lo pudo escuchar.



El perro estaba nervioso. Al ver esas herramientas de caza y esas vasijas se preguntó para qué las usarían, tenía miedo de verse en el medio de una disputa entre grupos indígenas o entre ellos y personas y que alguna flecha lo alcanzara. Así que, de nuevo, salió corriendo, pero esta vez sin dirección. El gatito, que no sabía lo que pasaba, pero que no quería quedarse solo, lo persiguió por todo el colegio. Luego de haber corrido durante 10 minutos, Chocolate se detuvo en la entrada del taller de fundición, cansado, sin aliento y resignado a su suerte. Chocolate quería agua, tenía mucha sed, pero no sabía qué hacer ni hacia dónde ir porque tenía miedo de lo que pudiera pasar.

Cuando recuperó el aliento, quiso ir hacia a buscar agua, pero quedó paralizado. Por el pasillo venían caminado un niño y una niña, vestidos con prendas indígenas. Chocolate pensó que ya le había llegado su hora, se acercó al gatito, se puso frente a él, le dio la espalda y alzó la cabeza. El niño y la niña se acercaron a ellos, chocolate cerró los ojos, pero nada pasó. Solamente sintió que una mano le acariciaba la cabeza. Cuando abrió los ojos se dio cuenta de que, al gatito, que ya le habían puesto Pipatón, en honor al cacique de los Yariguíes, también lo acariciaban. Les decían:

—No tengan miedo. Estamos vestidos así porque acabamos de salir de la actividad del día de la Colombianidad en la que quisimos recordar el pasado indígena de nuestro territorio- dijo el niño

—Acompáñennos a buscar los trabajos que hicimos en el taller de fundición para la exposición final del día de la colombianidad- dijo la niña mientras acariciaba a Chocolate.



Entraron al taller, pasaron junto a la estufa en la que funden parafina y vieron los trabajos tan hermosos que allí se realizan. También vieron moldes con figuras como las que Chocolate había visto en la cancha fútbol. Chocolate se dio cuenta de que esos moldes se habían hecho con arena, tal vez una arena especial para fundición, pero aún se preguntaba como lograban darles forma a las figuras.



En ese momento pasaron junto a un horno que tenía una etiqueta que decía “Horno de crisol para fundir aluminio”.

Inmediatamente se dio cuenta de que allí fundían el aluminio y luego lo pasaban al molde mientras estaba en estado líquido. Como estaban tan cerca del horno, Chocolate sintió calor, por ello, cayó en la cuenta de que para que el aluminio pasara a estado líquido, se necesitaba una gran cantidad de calor. Chocolate caminó más rápido, pues pensó que era suficiente con el calor de la ciudad.

Chocolate alzó la cabeza y vio que los niños estaban buscando algo que no encontraban. Se acercó a ellos y los escucho decir que no sabían dónde estaban las puntas de flecha, las vasijas, los figuras con formas de animales y de rostros antiguos. Chocolate solo se pudo reír a carcajadas, no podía aguantarse la risa. Se dio cuenta de que todos sus miedos no tenían sentido, todo eso que encontró y que lo hizo pensar en Jaguares y guerras y tribus indígenas había sido hecho en el taller de fundición.

Chocolate seguía riendo cuando, de pronto, vio que el gatito — Pipatón— arrastraba con la pata una de las figuras metálicas que había tomado de la cancha. El niño y la niña se miraron entre sí, sorprendidos, y luego rieron también.

—¡Aquí estaban! —dijo la niña, levantando las piezas brillantes—. Sin querer, Chocolate se llevó parte de la exposición.

El perro inclinó la cabeza, avergonzado, pero los niños lo abrazaron. Pipatón maulló como si también quisiera disculparse.

—No se preocupen —dijo el niño—. Gracias a ustedes descubrimos que estas figuras sí parecen antiguas, pero no son de los Yariguíes: son recuerdos que hacemos aquí, en el taller, para no olvidar lo que fue nuestro territorio.



Chocolate meneó la cola. Por primera vez en toda la tarde, no sintió miedo. Comprendió que los jaguares estaban lejos, que los la guerra que temía no se iba a dar y que las figuras que encontraba no eran señales de peligro, sino huellas del trabajo, la memoria y la creatividad del Industrial.

Con la última luz del día entrando por la ventana del taller, Chocolate tomó a Pipatón del lomo y lo empujó suavemente hacia la salida. Tenía un nuevo hueso que enterrar, una cancha que explorar y, sobre todo, un misterio resuelto: él, sin saberlo, había vuelto a unir los pasos del pasado con los del presente. Y así, entre risas y colas que se agitan, comenzó la historia del detective Chocolate, el guardián de las huellas del Industrial.

Glosario

1. Cautín o soldador eléctrico

“es una herramienta utilizada para calentar y fundir soldadura con el fin de unir dos piezas de metal u otros materiales. La herramienta consta de una punta de metal que es calentada por una corriente eléctrica, la cual funde la soldadura que se utiliza para hacer la conexión” (<https://tutotool.com/es/soldador-electrico>)

Video de Youtube: https://www.youtube.com/results?search_query=Cautin+explicaci%C3%B3n+para+ni%C3%B1os

2. Aluminio

El aluminio es un metal muy ligero, de color plateado, que usamos en muchísimas cosas de la vida diaria. Está en las latas de gaseosa, en las ventanas, en el papel aluminio que usamos para envolver la comida y hasta en algunas bicicletas y aviones. Aunque es un metal, no es pesado como el hierro. Por eso sirve para construir objetos que deben ser fuertes pero livianos.

Video de Youtube: <https://www.youtube.com/shorts/HSdzUzwPxFs>

3. Jaguar

El jaguar es un felino muy grande y fuerte que vive en los bosques y selvas de América. Es el felino más poderoso del continente y el tercero más grande del mundo, después del tigre y el león. Tiene un pelaje amarillo o dorado con manchas negras que parecen rositas o “flores”, y esas manchas lo ayudan a camuflarse entre las sombras de la selva para cazar sin que lo vean.

Video de Youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=hhiOzKADHoo>

4. Etnia Yariguí o Yarigués

Los Yarigués fueron un pueblo indígena que habitó una vasta región selvática del Magdalena Medio, en la zona occidental del actual departamento de Santander, en Colombia.

Fin